

LECTIO DIVINA - II

Xaime Lamas
Monasterio de Santa María de Sobrado

DIALOGO ENTRE DIOS Y EL HOMBRE

La Lectio Divina comprende sólo la Sagrada Escritura. Se ha querido englobar entorno a la Lectio la lectura de los Padres, comentarios de la Escritura o autores espirituales. La Lectio propiamente dicha es ese contacto personal, ese tú a Tú con la Palabra, ese rumiar lo que se ha “comido” sin elementos extraños a ella. Son muchas las citas que se podrían hacer al respecto tomadas de los Padres, destacamos la de San Jerónimo a su discípula Eustoquia: «Sea tu custodia el secreto de tu aposento y allá dentro recréese contigo tu Esposo. Cuando oras, hablas de tú a Tú con tu Esposo; cuando lees, él te habla a ti» (Ep. 22,25).

Es indudable que la Lectio Divina es un camino a recorrer, pero un camino especial, un camino difícil, con avances y retrocesos, con pesadeces y desalientos, fecundidades y arideces profundas, noches oscuras y días luminosos. Podemos, pues, afirmar - y la experiencia nos lo dice - que la Lectio Divina no es una lectura fácil; se necesita tiempo, constancia y paciencia para que dé sus frutos. De hecho es un camino para toda la vida, igual que la oración. Nunca hay un final hasta llegar a la contemplación del santo rostro de Dios en la vida eterna. En ese largo camino, el monje, el cristiano

habitúa su oído y su corazón a reconocer, entre los innumerables sonidos y voces que le llegan, la Palabra que el Señor le dirige personalmente; en la asiduidad con el Señor descubre en sí mismo las energías necesarias para cumplir la voluntad divina hasta la muerte y aprender a distinguir las fuerzas que se oponen a esta docilidad; la familiaridad con la Palabra de Dios lo conduce a una intimidad con el Señor que le permite entrever, ya aquí y ahora, aunque sea de manera fugaz, la gloria del Señor transfigurado. Ciertamente, todo esto es un don de Dios y no una conquista humana, pero nosotros tenemos el deber de predisponerlo todo para que pueda ser. (Enzo Bianchi).

Es indudable que el monje y el cristiano a lo largo de su vida pasan por distintas fases en su relación con la Lectio Divina y se necesita constancia, paciencia, humildad y fidelidad para que dé sus frutos. En los inicios, no es lo mismo para una persona que ha tenido contacto con las Escrituras antes de entrar en el monasterio que otra que tuvo poco o ninguno, de lo que se trata es de educar a todos a este contacto personal con la Palabra de Dios, proporcionando a cada uno, instrumentos adecuados a sus capacidades y a su sensibilidad.

Tenemos que tener en cuenta que situarnos ante la Escritura supone avivar nuestra inteligencia, desde la humildad del que sabe que necesita ser iluminado por el Espíritu Santo para penetrar y comprender las riquezas que se encierran en la Palabra de Dios, riquezas que se nos irán revelando poco a poco. Recordemos aquellas palabras de Jesús a sus discípulos: «Mucho tengo que deciros, pero ahora no podéis con ello» (Jn 16, 12). Pues a nosotros nos ocurre igual, nos vamos enriqueciendo poco a poco con la Palabra hasta que se va transformando en sustancia de nuestra vida interior, y el fruto es un conocimiento de nosotros mismos: de nuestros dones y sus límites, de nuestra grandeza y miseria; pero al mismo tiempo nos situamos ante el amor de Dios hecho carne en su Hijo Jesucristo, ante su paciencia y misericordia, esa paciencia y bondad de Dios que nos va llevando a la conversión (Rm 2,3). «Y del encuentro entre nuestra miseria y la misericordia de Dios puede salir un hombre nuevo, un hombre adulto que ha reencontrado la propia imagen y semejanza con el Creador» (Enzo Bianchi).

Es indudable que para todos en los inicios de la Lectio es necesario un acompañamiento para no perderse ni desanimarse. Para los que saben mucho aconsejarles que se olviden de su sabiduría y que se adentren en la Lectio “virginalmente ignorantes” para que el Espíritu pueda hacer en ellos la obra de Dios y los vuelva sabios, no según la sabiduría de este mundo sino según la sabiduría de Dios (1Cor 1, 17-28). Para los no iniciados siempre es conveniente guiar al novicio en el camino de la Lectio Divina comenzando siempre por la lectura del Nuevo Testamento como primera etapa, sabiendo combinar la lectura apostólica y la lectura evangélica.

Para ambos casos, iniciado y no iniciados, siempre es aconsejable una lectura continua y permanecer fiel a ella; luego cuando ya se va haciendo camino y la Escritura resulta “familiar”, se va caminando libremente en ella. Esta etapa suele ser peligrosa, es el momento, o suele serlo, en que se pasa de una especie de enamoramiento al tedio, al vacío o a la oscuridad. Es el momento también en que se han adquirido conocimientos por el estudio, lecturas de comentarios, consulta de diccionarios etc., es el momento de la crisis profunda con la lectura de la Palabra en la vida del monje, incluso se llega a no saber hacer Lectio si no se tiene a mano un comentario del libro que se está leyendo. En estos momentos conviene recordar lo que decía el Beato Guerrico de Igny a propósito de la Lectio:

*Si no te detienes y estudias las Escrituras para familiarizarte con ellas, gracias a tu dedicación constante, ¿cuándo piensas que ésta se te revelará? La comprensión será dada a quien tenga el amor de la Palabra, y le será otorgada en abundancia; a quien, en cambio, no tiene ese amor, se le quitará incluso aquello que ya conocía de manera natural gracias a su inteligencia.
(Sermón por la festividad de San Benito 1,5)*

Porque hay un HOY DE DIOS presente en su Palabra que ilumina nuestra vida, nos sostiene en nuestras luchas, fortalece nuestra esperanza, nos anima en nuestras dudas

y miedos; ese HOY DE DIOS es el consuelo de los momentos y reveses de la vida más amargos y dolorosos, y para sostenernos en ellos siempre nos va a llevar a la Cruz de nuestro amado Señor, en donde toda pena descansa, en donde todo dolor es comunión con su dolor y con el dolor del mundo. El HOY DE DIOS no disfraza las cosas, no pone máscaras sonrientes donde hay dolor y amargura, las cosas son como son y nos pone delante de ellas para asumirlas desde la fe, sabiendo que muchas veces seremos clavados como el Maestro en la “cruz de la impotencia”. Y esto lo tenemos que tener muy claro, porque del mismo modo «El habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarlo de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente, y aun siendo Hijo, por los padecimientos, aprendió la obediencia» (Hb 5,7-8).

Este es nuestro camino en el HOY DE DIOS: fidelidad a la Palabra que siempre nos va a remitir a la persona del Maestro y muncha veces, como en ese texto de la Carta a los Hebreos, nos encontraremos “berrando” con las entrañas desgarradas. Y una vez más tenemos que mirar al que nos precedió en todo amor y en todo dolor, viendo su figura rota por tierra orando a su Dios: «¡Abbá, Padre!; todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú» (Mc 14,36).

Para cualquier cristiano –dice Enzo Bianchi– existe un hoy en el cual debe escuchar el Evangelio y el acontecimiento del cual la Palabra nos hace partícipes; hay un hoy que se repite en la historia siempre que un cristiano se pone ante la Palabra de Dios: la Palabra de Dios se cumple cada día, y depende de nosotros escucharla, acogerla.

Una vez superada la etapa del tedio y del desencanto, algo que es inevitable como en todas las cosas de la vida, el monje vuelve a encontrar en la Escritura la alegría de una eterna novedad, algo que cada día hay que descubrir como inédito, como si fuese la primera vez que leemos y escuchamos. Podemos decir que la Lectio se convierte en la ROCA que sostiene nuestra vida y en ella nuestra fe, nuestro amor y nuestra esperanza.

Con razón Jesús de Nazaret nos dice que: «Todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, y embistieron sobre aquella casa, pero no cayó porque estaba cimentada sobre roca» (Mt 7,24-25). De hecho: ¿cuántas veces no nos hemos preguntado por el milagro de la perseverancia? ¿Dónde radica? ¿Quién lo sostiene? Lluvia, torrentes, vientos, elementos destructores que se abaten sobre nosotros y, ahí estamos, ¡en pie!, por la Palabra que nos sostiene y por la oración que es su fruto inmediato y, sobre todo por el amor de Cristo, porque ¿quién nos separará de él?: «¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?» (Rm 8, 35). Y también hemos sido testigos, tristes e impotentes, de hermanos y hermanas que creíamos tan firmes y sólidos y vimos cómo se desmoronaban porque su casa estaba edificada en la arena de la vana apariencia.

IMPORTANCIA DE LA LECTIO EN LA VIDA DEL MONJE

San Benito, junto con los Padres y toda la tradición monástica, dice que la Lectio Divina es uno de los pilares sobre los que se cimienta la vida del monje. Es uno de los elementos más adecuados y necesario para la vida monástica. Constituye una parte esencial de la *conversatio*, uno de los instrumentos más característicos para buscar a Dios. Posiblemente debe considerarse también como el ejercicio espiritual más propio del monje, y también el que necesita una mayor atención, pues no siempre se le comprende correctamente, ni se le da, con demasiada frecuencia, la importancia que realmente tiene.

Como dice Enzo Bianchi, «la lectio se revela como una hermenéutica existencial de la Escritura que, llevando a la persona a dirigir antes que nada su mirada a Cristo, a buscarle a través de la página bíblica, le guía a que su propia existencia inicie un diálogo ante el rostro de Cristo revelado, y de esta manera contemple bajo una nueva luz la propia cotidianidad». Esto es el ideal al que hay que tender y por el que se ha de luchar, una lucha consigo mismo para vencer la tentación de la evasión en otros menesteres, que siendo buenos, muchas veces son la excusa para un abandono progresivo de la Lectio. De hecho, podemos afirmar, todavía hoy, que la Lectio Divina sigue siendo la cenicienta del Ordo Monástico en comparación con el Oficio Divino y el trabajo.

Es cierto que la Lectio estuvo siempre presente en la vida monástica, pero su valor como alimento vital y espiritual para la vida del monje fue perdiendo interés a lo largo de la historia. Son muchos los factores que jugaron este papel negativo: la lengua, la ignorancia y el analfabetismo y el secuestro de siglos por parte de la jerarquía que les arrebataron al pueblo y a los religiosos, la Palabra de Vida. Ya antes, pero sobre todo desde la Edad Media, la Escritura fue siendo postergada y suplida por un cúmulo de devociones. Con la Reforma Protestante y la Contrarreforma un velo de sospecha cayó sobre la Palabra de Dios en el mundo católico, luego vinieron la espiritualidad ignaciana y la *devotio moderna*, llegando a su momento más oscuro desde el siglo XIX hasta el Vaticano II, en que de nuevo la Escritura comienza a ser vida en el corazón de los fieles y de los monjes.

EXIGENCIAS PERSONALES Y COMUNITARIAS QUE SE DESPRENDEN DEL EJERCICIO DE LA LECTIO DIVINA

Enfrentarse con la Palabra supone sumergirse en el mundo de Dios, en la vida de Jesús de Nazaret que pasó por el mundo haciendo el bien, devolviéndole al hombre su dignidad y libertad como hijo de Dios. Por lo tanto nos vamos a encontrar con las mismas exigencias que Jesús les ponía a sus discípulos, ni más ni menos.

La simplicidad de vida

¿Quién no camina con un “super yo” que nos molesta continuamente poniendo máscaras? Tenemos máscaras para todos los acontecimientos de la vida, como hacían los antiguos, en donde hasta el Nuncio de su Santidad la utilizaba en Venecia. Nos da miedo conocernos a nosotros mismos y de que los demás nos conozcan, por eso nos disfrazamos tratando de aparentar lo que no somos. Pedro quiso ser un super-discípulo y la fastidió: « ¿Por qué no puedo seguirte ahora? Yo daré mi vida por ti» (Jn 13, 37); el final ya lo conocemos. La realidad es implacable: no podemos mentirle a Dios y su Palabra está ahí para ayudarnos a poner luz en nuestras vidas, para poder ver desde Dios la realidad presente de la que siempre vamos a querer huir y sumergirnos en nuestros mundos fantásticos que no tienen nada que ver con la realidad. No lo olvidemos nunca: somos unas pobres criaturas (1Cor 1, 26-31), pero eso sí, amados entrañablemente por Dios. Pero para descubrir ese amor hay que renunciar a la “máscara” y al “super yo”, para poder entrar por la senda del Evangelio de Jesucristo.

Vivir la realidad de lo cotidiano

Se trata en el fondo de la sentencia de Jesús: «Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo se os dará por añadidura» (Mt 6, 33). Esta sentencia de Jesús de Nazaret tiene que generar en nosotros preguntas que den luz a nuestras inquietudes, es decir: ¿qué es lo que nos preocupa?, ¿qué nos da miedo?, ¿de qué nos quejamos?, ¿Nos paramos a mirar con seriedad la actitud que Jesús de Nazaret tenía con la vida que le tocó vivir? Y no vale decir que Jesús era Dios, porque entonces lo estropeamos todo. Porque de las respuestas que demos a todo esto va a depender mucho, pero que mucho, la vida personal de cada uno y su calidad como cristiano y como monje y, en definitiva, la vida familiar, la vida en el trabajo, la vida apostólica y la vida comunitaria.

Pensemos si nuestros miedos, nuestras angustias, nuestras quejas solucionan algún problema o todavía lo agrandan, si es así, eso quiere decir que nuestra esperanza no está fundamentada en ese talante y en esa actitud que Jesús tenía ante el momento histórico que le tocó vivir. ¿Vemos a por casualidad alguna vez a Jesús de Nazaret quejarse a Dios por lo mal que estaban las cosas en su tiempo? ¿Lo vemos quejarse a Dios por no haber hecho el mundo de otra manera? ¿Lo vemos quejarse porque no se le hacía caso entre los círculos dirigentes de su pueblo? No, Jesús no se queja a Dios, ni hace como Jeremías y Job que maldicen el día de su nacimiento porque todo les iba de mal en peor y no encontraban solución para arreglar la situación crítica que les tocó vivir. Jesús no, Jesús mira las cosas de frente, sin miedo, sin rencor. Y esta es la grandeza de una Lectio Divina hecha con perseverancia y con un corazón abierto y receptivo para que la persona de Jesús penetre por completo nuestro ser y nos lance por sus caminos para hacernos hijos de la misericordia.